

En un país en el que Pepe el Vivo se ha elevado a la categoría de institución, es imprescindible inculcar el respeto a los otros, a las leyes y a la propia sociedad, con el fin de construir una auténtica democracia.

¿Dónde están los ciudadanos?

Wilfredo Ardito

Hace unas semanas, comentando los ataques de la subprefecta Betsabé Polo y la Policía a los defensores de derechos humanos de Huamachuco, un amigo trujillano me dijo: "Lo mismo hacían los apristas y lo mismo harán quienes reemplacen a Perú Posible".

A menos de dos años del inicio del mandato de Toledo, la gran mayoría de peruanos que tenía esperanzas en el retorno de la democracia siente mucha frustración, no solo con el régimen, sino con toda una clase política que parece incapaz de aproximarse a las necesidades de la población. Muchos peruanos sienten que cualquier persona que elijan será igual de corrupta e ineficiente. En algunos países, situaciones similares han llevado a calificar a la política local de *cleptocracia*. ¿Será cierta esta percepción para el Perú?

A nuestro entender, el conflicto armado y la lucha por la democracia en las décadas pasadas nos distrajeron de una serie de problemas estructurales de nuestra sociedad, cuyos efectos se han manifestado en los últimos dos años.

¿Por qué la conciencia ciudadana es tan escasa en el Perú?

En primer lugar, debemos admitir que la corrupción en la política es la consecuencia lógica de una sociedad en la que la viveza criolla es casi un valor generalizado. La expresión "Tienes que ser vivo" (o sea, saca provecho de las circunstancias y pasa por encima de los derechos del otro o de la ley) la hemos escuchado todos desde niños... y, naturalmente, también los políticos. De esta manera, la corrupción no solo se manifiesta a través de la impunidad de los gobiernos autoritarios, sino que logra cumplir sus

objetivos gracias al clientelaje partidario o simplemente la habilidad que pueda tener un alcalde o un funcionario público para hacer prevalecer sus intereses.

Durante el periodo de Fujimori, el dueño de un medio de comunicación de fuera de Lima operaba sin mayor problema con equipos de contrabando. Cuando, en los primeros meses del gobierno de Toledo, comenzó a ser fiscalizado por un funcionario de Aduanas, inició, a través de su medio, una campaña en la que acusó al funcionario de fujimorista y consiguió que el "candidato" de Perú Posible (amigo suyo, por supuesto) presionara un poco en el "Partido" para obtener "su" cargo... Así ha conseguido mantener su impunidad hasta el momento.

Wilfredo Ardito es responsable del Área de Jueces de Paz de IDL.

Mientras la lucha contra la corrupción se ha centrado en Lima, en el interior del país la población percibe que un destino común de los fujimoristas locales no ha sido el proceso judicial, sino apoyarse en las nuevas autoridades.

Un problema conexas a esta sociedad que admira al vivo es que el respeto por los demás, por la sociedad o la ley son abstracciones inalcanzables para muchos peruanos. La mayoría podría señalar, quizá con vaguedad, cuáles son sus derechos, pero muy pocos podrían señalar sus deberes, más allá de votar cada cinco años. La misma palabra "deber" suele tener una connotación negativa.

En el Perú no se ha logrado, y quizá se ha pensado muy poco en ello, promover una cultura de responsabilidades. Para la mayor parte de ciudadanos, sus responsabilidades están restringidas a los familiares cercanos. Respecto del "otro",

del desconocido, muchas veces no se reconocen mayores obligaciones. El cumplimiento de la ley tampoco es una obligación extendida... salvo que exista una coacción directa y visible.

En estas condiciones, es muy difícil hablar de ciudadanía. Y este fue el efecto más perverso del régimen fujimorista: consolidar en millones de personas una mentalidad de que "todo vale". La televisión y la prensa chicha fueron instrumentos muy eficaces para este propósito. Ahora, en el Perú democrático, se puede manejar vehículos prohibidos en otros países, mantener locales abiertamente racistas o explotar trabajadores de manera inhumana, sin mayor remordimiento o temor a una sanción. "En la hermosa tierra peruana, cada quien hace lo que le da la gana", me dice un biólogo enfrentado a una temible mafia de madereros, vinculada a todo tipo de grupos

armados, legales e ilegales, que opera con total impunidad en la selva alta.

Finalmente, una última característica es que las autoridades repiten en su ejercicio las diferencias que existen entre los peruanos. Ser cordial con el poderoso y duro con el débil parece un rasgo propio del policía o del magistrado, del fiscal o el subprefecto. A quien ostenta poder económico, la ley simplemente no parece afectarle mucho. Si las personas no son bien tratadas por su calidad de ciudadanos sino por su color de piel, su capacidad económica o su lugar de residencia, es muy difícil que una conciencia de ciudadanía logre suscitarse.

¿Es posible generar valores democráticos de tolerancia, respeto por el otro, interés por la cosa pública? Por supuesto que sí. Una cultura no es un ente inmutable, y la población puede internalizar nuevos valores.



Foto: Archivo La República

Arequipa, junio del 2002: Manifestaciones masivas contra la privatización de las empresas eléctricas.

Premio Príncipe de Asturias para el padre Gustavo Gutiérrez



Preguntado sobre sus aspiraciones, el padre Gustavo Gutiérrez nos contestó hace un mes: "Lo que usted llama mis aspiraciones están ligadas a las situaciones que vivimos en el país y en América Latina" (*ideele* 153, p. 39). Aun sin aspirarlo, su consecuente posición a favor de los pobres y marginados y su aguda reflexión teológica y filosófica le han merecido el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades.

En *ideele* compartimos la alegría por tal condecoración a un gran peruano y amigo nuestro, y felicitamos al padre Gustavo recordando las palabras del jurado: "Gustavo Gutiérrez y Ryszard Kapuscinski (el otro galardonado) son dos modelos éticos y admirables de tolerancia y de profundidad humanística".

Sin embargo, el gobierno de Perú Posible fue desde el principio una expresión de sujetos sin ciudadanía: millares de personas se adherían a un "partido" sin ideología ni programa, con la única intención, por lo general declarada abiertamente, de obtener un puesto público. Un hecho simbólico ocurrió en Machu Picchu, donde, con una ceremonia ancestral, Toledo pretendió comenzar una nueva era... y a las semanas todos los obreros fueron despedidos para ser reemplazados por leales militantes.

Tiempo después, las elecciones municipales y regionales

revelaron cómo para diversos sectores la democracia era una oportunidad para satisfacer sus intereses y no tanto un espacio donde existen reglas que respetar, comenzando por la voluntad popular.

Y aquí Machu Picchu vuelve a tener un simbolismo patético. La ciudadela se encuentra en el distrito de Aguas Calientes, donde más de novecientas personas fueron pagadas para que cambiaran ficticiamente de domicilio por los diversos candidatos, hasta el punto de que para las elecciones el número de votantes se había duplicado. Casos similares ocurrieron en todo el Perú,

desde Loreto hasta Tacna, sin que se produjera mayor sanción a los votantes *mitimaes*, como los ha llamado la revista *Caretas*.

Los primeros meses de ejercicio de las nuevas autoridades no han sido precisamente felices. Muchos presidentes regionales están sumidos en el mayor descrédito, debido a que pretendieron fijarse un sueldo mensual que equivalía a lo que un profesor gana en tres años y un campesino en siete.

Democracia, sí; pero ¿cuál?

El 13 de marzo, 8000 ronderos de Cutervo acudieron a protes-

Si las personas no son bien tratadas por su calidad de ciudadanos sino por su color de piel, su capacidad económica o su lugar de residencia, es muy difícil que una conciencia de ciudadanía logre suscitarse.

tar contra el alcalde Jorge Paredes, que se había quintuplicado el sueldo respecto de su predecesor, y reclamaron que el dinero del municipio se invirtiera en obras. Cuando ingresaron en el local municipal, encontraron a Paredes bebiendo con sus amigos. El alcalde les contestó de mala gana, y las ronderas, indignadas, se abalanzaron contra él, debiendo ser contenidas por sus compañeros. Magullado y asustado, Paredes logró huir a Chiclayo. ¿Una manifestación de justicia rondera o un atentado contra la democracia?

Quizá habría que precisar que muchas autoridades entienden la democracia de manera diferente de como la percibe la población. En junio del 2002, ante las protestas contra la privatización de las empresas eléctricas de Arequipa, Toledo dispuso el estado de emergencia, el toque de queda y la entrega de la región a un comando político militar. Estas decisiones se llevaban a cabo, según decía, en defensa de la "democracia". A los pocos días, cuando luego de tensas negociaciones y de la muerte de dos manifestantes impactados por las bombas lacrimó-

genas el gobierno debió dar marcha atrás, el pueblo de Arequipa salió a las calles a festejar lo que denominaron un "triumfo de la democracia".

¿Pueden existir dos formas contrapuestas de entender "democracia"? Para el gobierno, la democracia tenía un carácter delegativo. La población le había conferido el mandato de gobernar por un periodo determinado, con la única obligación de respetar las leyes. Sin embargo, los peruanos ya habían experimentado esa forma de democracia en tiempos de Belaunde, García y Fujimori, con pésimos resultados. La gente sentía que la democracia no es solo delegar a ciegas un mandato, sino participar activamente, o, de lo contrario, el gobierno no se preocupará por sus necesidades fundamentales.

Por todo el Perú, el gobierno de Toledo ha enfrentado protestas y reclamos, muchas veces totalmente comprensibles: pueblos sin electricidad, sin carreteras, campesinos despojados por algunas empresas mineras, trabajadores despedidos arbitrariamente. Sin embargo, en ocasiones la población no parece distinguir

una causa razonable de una que no lo es; así, hay transportistas que rechazan pagar un seguro contra los accidentes de tránsito, o campesinos de Puerto Maldonado que salen a defender los intereses de los madereros. Lo propio ocurre cuando los manifestantes apedrean ómnibus con pasajeros indefensos o incendian viviendas, con lo que revelan, nuevamente, la ausencia de una cultura de ciudadanía: la gente percibe sus demandas, reales o creadas, pero no sus responsabilidades.

... Y todo esto revela cuál es el problema en el que es fundamental incidir: la necesidad de crear ciudadanía en la sociedad peruana, más allá de lealtades familiares o étnicas; la necesidad de formar ciudadanos conscientes de sus derechos y responsabilidades. Es necesario que se perciba que "el otro" es un ciudadano, independientemente de que se lo conozca o no. Para quienes trabajamos en derechos humanos, el camino, entonces, es mucho más arduo de lo que queríamos creer.

Hace unos días, una delegación ecuatoriana fue detenida cinco veces por la Policía entre Aguas Verdes y Tumbes. Al enterarse de que eran invitados de la Corte Superior, los policías dejaron de hostilizarlos. "Antes que invitados somos personas", les precisó una abogada ecuatoriana. ¿Lograremos transmitir este mensaje? ▲